

Cómo convertirse en un hábil investigador

Wayne C. Booth, Gregory G. Colomb y Joseph M. Williams, Barcelona, Gedisa, 2008

Alejandro Espinoza-Tenorio*

Cómo convertirse en un hábil investigador es otra útil obra que Gedisa editorial nos trae al castellano como parte de su colección “Herramientas universitarias”. El título en inglés, *The Craft of Research* (1995), fue editado por The University of Chicago Press y se han impreso más de 400 mil copias. Para la realización de la obra se reunió a tres experimentados profesores e investigadores: Wayne C. Booth, Gregory G. Colomb y Joseph M. Williams, de las universidades de Chicago Illinois. Al ser expertos en campos como sociedad, lenguaje, investigación y ética, los autores buscaron que su trabajo describiera de una manera original al quehacer científico como un arte, el de investigar. En mi opinión rebasaron las expectativas, es por eso que considero que será una obra enriquecedora para los lectores de *Perfiles Educativos*.

Las cinco partes y 15 capítulos del libro buscan mostrar que todas las etapas de la investigación, por más mecánicas que parezcan, son procesos creativos e intuitivos que están interconectados entre sí. Los autores apuestan a que, al tomar conciencia de la simultaneidad que conlleva el trabajo científico, los lectores puedan adquirir las destrezas para ser autocríticos y plantear problemas más reales y significativos que, aunque complejos, posean soluciones convincentes. A pesar de que muchos de los que nos dedicamos al quehacer científico trabajamos paralelamente en las diferentes etapas de nuestras investigaciones, lo hacemos de manera intuitiva, por lo que continuamos enseñando a los estudiantes a seguir el método científico mecánicamente, que es como nos lo enseñaron a nosotros. Es ahí donde subyace la premisa básica de los autores respecto a que la investigación “no se aprende una vez y para siempre” (p. 16).

El atractivo del libro inicia desde el prefacio, pues en él se explica cómo, para superar la estructura clásica de un libro, se articularon innovadoras secciones en cada una de sus partes: a) esclarecedores y amenos prólogos; b) sugerencias breves que en algunos casos son listas de control para repasar nuestra comprensión del tema; y c) útiles recuadros y párrafos introductorios con ejemplos e información anecdótica

* Investigador del Grupo de Manejo Sustentable de Cuencas y Zonas Costeras (CZC-CO) de El Colegio de la Frontera Sur, unidad Villahermosa. CE: espinatenorio@hotmail.com

que proviene de la amplia experiencia de los autores como profesores. En especial llama la atención la recomendación de los autores sobre leer dos veces el libro: una primera lectura completa, pero rápida, y una segunda selectiva, según el grado de experiencia del lector. Para guiarnos por este didáctico consejo, al inicio de cada sección se sugiere a qué tipo de investigador se recomienda la lectura; de esa forma los autores buscan que su trabajo sea de utilidad tanto para el estudiante interesado en aprender y practicar el proceso de la investigación, como para el profesional preocupado por mejorar sus habilidades para comunicar los resultados de sus investigaciones.

En la parte I se describe cómo al escribir un proyecto científico se debería de iniciar por identificar el rol que jugamos en la investigación, a través de preguntas como: ¿quién será el lector?, ¿qué espera de ti?, ¿sabes para quién escribes?, ¿por qué estás redactando este trabajo? Estos cuestionamientos son especialmente importantes para los principiantes, cuando ofuscados por la creciente cantidad de información, y carentes del sentido intuitivo que viene con la experiencia, necesitan un plan modificable y plástico que les guíe a escribir una argumentación capaz de convencer al lector, a quien imaginamos como un escéptico que espera entretenerse, comprender y, ¿por qué no?, cambiar su postura ante nueva evidencia.

Dos partes fundamentales de esta labor son: a) actualizar el conocimiento existente en nuestras líneas de investigación —sin fuentes fiables, viviríamos presos de lo que vemos y oímos— y escribir constantemente para recordar-comprender-ganar perspectiva sobre preguntas difíciles (capítulo 1); y b) identificar el tipo de conversación que deseamos establecer con los lectores, cuyos intereses pueden ir desde simplemente entretenerse u obtener un beneficio práctico de algún pasatiempo, hasta comprender temas complejos plagados de dilemas e incertidumbres (capítulo 2). Fundamental, escribir e idealizar a nuestro lector objetivo durante un trabajo investigativo nos permite tomar conciencia de que investigar nunca es un camino solitario, por más que románticamente así se haya idealizado.

En la segunda parte del libro, Booth, Colomb y Williams entran de lleno a dar forma a una investigación. Para muchos, el inicio real de toda investigación es la pregunta, pues es la base de todo trabajo investigativo, pero para llegar a formularla debidamente no sólo hay que identificarla, también se requiere argumentarla cuidadosamente. El reto es cómo trascender de un tema interesante, pero muy amplio, a una pregunta específica y significativa para la comunidad científica. El camino que proponen los autores es el más lógico (ir de un tema amplio a uno restringido, y luego a las preguntas y su significación racional) pero, como ellos mismos sostienen, depende de varios factores, como la experiencia del autor, la disponibilidad de información y la amplitud del tema (capítulo 3). La argumentación de una pregunta significa un gran trabajo, pues es la razón fundamental por la que pedimos a los

lectores que nos lean: sabemos que hemos encontrado y justificado un tema (y dejado muchos interesantes atrás) cuando nuestro título es una aseveración potencial y desafiante para el lector. Este último desafío es lo que los autores describen en el capítulo 4 como “de las preguntas a los problemas” (p. 68).

Los autores concluyen esta parte de la obra con dos importantes capítulos con recomendaciones para que los estudiantes e investigadores principiantes armen un plan de investigación que considere no sólo usar sistemáticamente una amplia gama de fuentes de información (capítulo 5), sino también utilizarlas crítica y responsablemente (capítulo 6). Además de los errores humanos (e.g., una palabra olvidada, unas comillas omitidas), en los trabajos científicos, “un buen número de distorsiones son consecuencia de una convicción que se vuelve demasiado apasionada” (p. 94) por parte los investigadores.

Cuando seguir estas recomendaciones al inicio de una investigación se vuelve un hábito, el estudiante se torna un investigador capaz de encontrar un problema cuya solución hace que los demás vean al mundo de una nueva manera.

En la tercera sección los autores intercalan sugerencias para cimentar un buen trabajo en la ciencia, dado que la fundamentación es el paso que hace trascender una investigación. Para armar un primer borrador hay que organizar la información de acuerdo a una tesis central, una afirmación cuya respuesta reflexiva nos guiará a contestar una pregunta difícil; a eso se le conoce como argumentación. De acuerdo con los autores, una buena argumentación científica se puede considerar como una conversación reflexiva que incluya al menos cuatro elementos: a) la *afirmación* que se quiere transmitir eficazmente a los lectores (capítulo 7), b) las *evidencias* fiables y claras que apoyan tal afirmación (capítulo 8), c) la *justificación* (premisa) que explica por qué la evidencia es pertinente a la afirmación (capítulo 9); y d) las *condiciones* que delimitan la certeza de la afirmación y las evidencias, haciendo que ambas sean más precisas (capítulo 10). Argumentar de esta forma relacional nuestros problemas de investigación ayudará a que los lectores identifiquen claramente las contribuciones reales de nuestro trabajo.

El hecho de que la planificación de un primer borrador sea el tema más ampliamente tratado en el libro revela cuan demandante de tiempo y energía puede llegar a ser esta parte de la labor científica. Una de las ideas principales que se desea transmitir en esta cuarta sección de la obra es que, a partir de la certidumbre de que no hay un camino único —ni una señal única de cuándo empezar a escribir el primer borrador—, cualquier plan para escribir debería iniciar por tener claros aspectos como: la imagen de los lectores; cómo quiere ser visualizado el autor (¿apasionado?, ¿objetivo?, ¿equilibrado?); el aporte de nuestra pregunta al estado del conocimiento científico; y una afirmación provisional que permita visualizar la potencial secuencia de las secciones de nuestro trabajo.

Para empezar a escribir —y que el camino sea lo menos tortuoso posible— lo que los autores añaden es una serie de recomendaciones muy concretas sobre cómo respetar la complejidad de la tarea, lo que significa no sobreestimar los tiempos, escribir el primer borrador revisable tan pronto como sea posible, recabar opiniones calificadas y confiables sobre el trabajo y siempre, siempre mantenerse escribiendo (capítulo 11). Por supuesto, este proceso de redactar el manuscrito de una investigación no está exento del riesgo de caer en excesos, y uno de los mayores sucede cuando se usan textualmente las palabras que pertenecen a otra persona. Según los autores, la mayoría de los plagios son accidentales, por no ser cuidadosos o por ignorancia, lo que significa que la mayoría de los investigadores que cometen estos accidentes pueden ser catalogados como descuidados o ignorantes, pero pocos como malintencionados. Ninguno de los tres adjetivos es deseable para la carrera de un investigador, por lo que el primer paso para evitar estos accidentes es dedicarle el tiempo debido a nuestro escrito.

El uso adecuado de material de apoyo visual (capítulo 12), una organización coherente (capítulo 13) y un estilo legible (capítulo 14), son aspectos de un trabajo investigativo que generalmente se subestiman y se dejan para el final. No obstante, como los autores lo afirman, son de gran importancia para que los lectores comprendan el mensaje claramente. Un buen hábito es pensar en estos aspectos desde las primeras etapas de la escritura de un borrador a través del análisis de los tipos de datos que se poseen, y elegir el estilo y estructura más efectivos para “atrapar” la atención de su potencial lector. Por ejemplo, para ser fiel a un estilo en un manuscrito se deben cuidar aspectos que van más allá de la ortografía y la gramática, y considerar principios como el orden cronológico de los datos, la conjugación verbal adecuada al tema que se está tratando (¡la forma pasiva no es la única opción en ciencias!) y dejar para la parte final de las oraciones la información más compleja que requiere, por ejemplo, explicar un nuevo concepto técnico.

Por más contraintuitivo que parezca, al escribir sobre nuestra investigación el toque final es justamente la sección inicial: la introducción (capítulo 15). La importancia de esta sección también es frecuentemente minimizada, pero en realidad es crucial en todo trabajo, pues desde las primeras oraciones se debe convencer al lector de que el problema que se plantea es importante, y de que las soluciones que se presentan son trascendentales. Lograr la comunicación de nuestros resultados depende de que primero capturemos la atención de los lectores. Aunque el diseño de una buena introducción estriba en el tema y la audiencia, para los autores del libro una estructura típica debería incluir un breve bosquejo del contexto donde se inserta una problemática, la formulación y argumentación del problema de investigación, y la esencia de la respuesta a ese problema.

La quinta sección del libro (consideraciones finales) es la más positiva. Los autores echaron mano tanto de su experiencia profesional

como de su creatividad para seleccionar y crear cinco productos finales: 1) un ensayo sobre la ciencia como una actividad social donde son necesarias consideraciones éticas obvias y no tan obvias (*e.g.*, mandamientos como *no plagiarás, no inventarás resultados, no ocultarás información*); 2) un suplemento con ideas innovadoras para aquellos profesores que buscan motivar tanto la curiosidad de sus estudiantes, como desarrollar sus capacidades para informar; y 3) un ensayo bibliográfico en el que los autores se basan para formular sus últimas sugerencias sobre los aspectos más críticos del quehacer científico (*e.g.*, ética, argumentaciones y fuentes de información fiables). Incluso el 4), un apéndice sobre las fuentes de información temática que los autores recomiendan, y el 5), un índice temático con los principales términos del argot científico, son interesantes herramientas de ayuda para un lector principiante, ya que están diseñados para facilitarles la búsqueda e identificación de la literatura y los conceptos que los guíen en sus primeros pasos por la investigación.

Considero que lo trascendental de la obra es la parte humana que le imprimen los autores. Hacen de ella un vívido relato sobre una mezcla de sentimientos que van del trabajo duro, la frustración, o por momentos la confusión, hasta la satisfacción de la búsqueda y la certidumbre —que sólo se gana con la experiencia— de que al final todo encajará. De esta forma logran mostrar que aun en el trabajo sistemático hay espacio para la creatividad y la imaginación. En lo personal, fui más allá de las dos lecturas recomendadas por los autores; releer esta obra se ha convertido para quien escribe estas líneas en un quehacer cotidiano. Al fin y al cabo, como todo hábil artesano, un buen investigador debe de pulir cotidianamente sus herramientas.